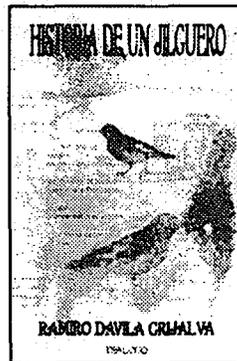


Historia de un jilguero

de Ramiro Dávila Grijalva

Montserrat Álvarez



Desde el primer momento en que conocí a Ramiro Dávila, me percaté con certeza apodíctica de que me hallaba ante un espíritu cuyo centro era la oralidad. O, si se prefiere, ante una personalidad cuyo centro era la boca. Ramiro comía cacahuetes, bebía gaseosa, fumaba Marlboro y hablaba sobre arte en grandes cantidades, simultáneamente

y con pasión. Sospeché entonces, y esta sospecha fue confirmada más tarde, que era poeta, y adiviné además que su poesía sería hermética y heterogénea, nacida de mil gozosas exploraciones y zambullidas en el mundo salivoso y polisémico de la lengua humana. ¿Por qué pensé estas cosas? Porque debajo de la séptica, asexual y racional boca de Hombre Cultural

(término que quizás es tautológico) palpita siempre la boca carnalmente viva, irracional y hambrienta del Hombre Natural (término que quizá es contradictorio), y en Ramiro la presencia de esta segunda boca, nacida para servir a los impulsos de las vísceras y no a las exigencias de la palabra lógica, era ostensible. ¿Era Ramiro un "buen salvaje"? Nunca ha existido en estado puro, sino sólo como parte entrañable del hombre civilizado, "malo" o "bueno". En otros términos, quizá el Hombre Natural nunca ha existido fuera del Hombre Cultural. Pero, en todo caso, este Hombre Natural que alienta dentro del Hombre Cultural intenta frecuentemente recuperar la plena vitalidad balbuciente y salvaje de la boca irracional e instintiva, y de ello deban testimonio, en el caso de Ramiro, los pecaminosos placeres de la gula, las azuladas espiras de sus Marlboro Light y cierta amena logorrea que me permitió imaginar su poesía, sin duda conscientemente carente de coherencia. No me equivoqué. Pero lejos de mí la pretensión de poner en un mismo plano de gula, polidipsia, tabaquismo y literatura. No: la gaséosa y el cigarrillo son lo irracional mismo; expresiones inmediatas, no mediatizadas por la palabra, de la boca del Hombre Natural, en

tanto que, por el contrario, la poesía -o, cuando menos, cierto tipo de poesía-, al tiempo que participa de la locura, es también la metacuradora: es a un tiempo lo irracional y el discurso -irracional- sobre lo irracional. Es en la palabra y desde la palabra se designa. Por ello, es la única búsqueda de plenitud oral, la única expresión del Hombre Natural, desde el punto de vista del hombre Cultural, está completamente loco, y debe, por ello, expresarse en un discurso fragmentado, disociado, hermético y, sin embargo, en cierto modo superracional, inteligible: debe ser capaz de valerse del instrumento prioritario del Hombre Cultural, la palabra, para despertar al Hombre Natural que duerme en su interior. Trascender las fronteras del lenguaje hacia lo supralingüístico y desde el mismo lenguaje: éste es el poder mágico, el verdadero numen del verbo -mal que le pese a Wittgenstein-.

El discurso poético de Ramiro Dávila, expresión del Hombre Natural que todos llevamos bajo nuestra máscara de seres "racionales" y que es, en Ramiro, tan potente, se nos aparece como un balbuceo incoherente pero que, sin embargo, o por su incoherencia misma, alcanza por momentos ese poder mágico.

«(¿temerosos?)
 tienden los árboles a secar su ropa-
 je en los caminos; hormigas

(¿con pavor?)
 escancian las flores sus perfumes
 en cántaros vacíos gusanos
 la invasión se apresta

fauces
 uñas
 colmillos
 pestíferas exhalaciones
 alistad vuestras innobles almas,
 venid todos
 engullidores

aves de rapiña
 roedores
 y toda especie carnícora
 cubrid de moho la tierra como en
 invierno de nieve»

O, más adelante:

«Para siempre la carne viviente
 no más pellejo ni cuero cabelludo
 ni barba
 no la piel la hermosa piel»

El hermetismo del discurso de Ramiro, de acuerdo con lo antedicho, revela su vocación poética: el sinsentido se da como clave de que la entraña misma del lenguaje, es decir, la amante y balbuciente y «loca» boca del Hombre Natural, está más allá, o más acá, de la ratio. Los poemas de Ramiro son

intraducibles a una prosa coherente, y en su intraductibilidad está su íntima esencia. Para fortuna de los lectores empedernidos, el caso de Ramiro es uno de los raros y preciosos casos en los cuales la Boca Natural no se limita a expresarse en, por poner un ejemplo, las grises y aromáticas humaredas del tabaco, sino que incluso en el terreno propiamente «civilizado» del verbo se niega a devenir Boca Cultural, a perder su instintiva plenitud, a ver castrada su elemental potencia, y derrama en su defensa todo un océano de locura y de meta-locura para decir lo indecible: la médula inefable, el núcleo irracional de la vivencia humana. ¡Decir lo indecible! ¿No es esta pretensión en sí un absurdo? Un absurdo, sí, pero de este absurdo nace cuanto de más importante se ha gestado en el discurso poético de la modernidad, desde el surrealismo hasta nuestros días, y la poesía de Ramiro Dávila no es una excepción. Por ello, saludamos su libro, fruto de toda una vida de ricas experiencias, como, en cuanto que obra poética y «loca», se lo merece: con solidaridad o con alegría.

